

Algunas reflexiones sacerdotales basadas en los escritos de santa Catalina de Siena

Ignacio Sarre, L.C.

Licenciado en filosofía y en teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, rector del Colegio Internacional Legionarios de Cristo de Roma.

Introducción

Los santos, que con su fe y su caridad han marcado la historia de la Iglesia, son faros que iluminan nuestra vida. Como afirmó el papa Benedicto XVI al concluir su ciclo de catequesis sobre los santos: «manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado»¹. Son signos elocuentes del amor apasionado de Dios, que pueden atraernos con su ejemplo y guiarnos con sus enseñanzas².

Durante los ejercicios espirituales predicados al Santo Padre y a la Curia Romana en febrero de 2011, el P. François-Marie Léthel, O.C.D., confesando su «opción preferencial por los santos»³ como camino para llegar a Cristo, los llam   «maestros de la confianza y del amor». El itinerario propuesto a los participantes en esa ocasión consistió en «tomarse de la mano» de algunos santos, mirándolos como estrellas y escuchando sus voces que, en una polifon   armoniosa, cantan la gloria de Dios⁴.

Los maestros de la *scientia amoris* que el P. Léthel presentó fueron, de modo privilegiado, san Juan Pablo II, san Luis María Grignon de Montfort y santa Teresa de Lisieux. Además, los dos grandes doctores del medioevo: san Anselmo de Aosta y santo Tomás de Aquino; santa Catalina de Siena y santa Juana de Arco, dos grandes santas enamoradas de la Iglesia. Y, de época más reciente, tres laicos: Charles P  guy, la beata Concepción Cabrera de Armida, y la beata Chiara Luce Badano.

¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 13 de abril de 2011.

² Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía*, 23 de octubre de 2011, misa de canonización de tres beatos.

³ F.M. LÉTHEL, *La luce di Cristo nel cuore della Chiesa. Giovanni Paolo II e la Teologia dei Santi. Esercizi Spirituali con Benedetto XVI*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2011, 16. La traducción es nuestra, al no disponer aún de la publicación en castellano.

⁴ Cf. *Ibid.*, 13.

Para el presente trabajo hemos elegido a santa Catalina de Siena por diversas razones. Es una de las tres mujeres proclamadas doctora de la Iglesia. Es la más lejana en el tiempo y quizás, por eso, la menos conocida en ciertos ámbitos. La riqueza de su pensamiento espiritual, la intensa actividad que desarrolló en su corta vida, y la actualidad de su mensaje, nos parecen especialmente interesantes.

Catalina, siendo una mujer sencilla pero profunda y singularmente bendecida por Dios, dejó una huella profunda en su tiempo. Su vida (1347-1380) se vio enmarcada en una época de sufrimientos para el mundo y para la Iglesia. Basta mencionar la gran peste, las guerras y el cisma que duró de 1378 a 1417. Es también un tiempo en el que Cristo sufre por la debilidad y el pecado de sus discípulos (los sacerdotes, obispos, y los mismos papas) y, como en el Calvario, son las mujeres las que permanecen fieles al pie de la cruz. Basta recordar, además de santa Catalina, a santa Brígida de Suecia (†1373), santa Juana de Arco (†1431) y santa Francisca Romana (†1440)⁵.

Los escritos de santa Catalina (sus cartas, oraciones y diálogos) nos ofrecen una rica y variada doctrina. Queremos ahora centrarnos en el mensaje que pueden darnos a los sacerdotes de hoy, pues seis siglos no han erosionado la validez de su contenido. En nuestro tiempo, en el que «han salido a la luz los pecados de los sacerdotes», nos sentimos «agradecidos por el don de Dios, un don que se lleva en “vasijas de barro”, y que una y otra vez, a través de toda la debilidad humana, hace visible su amor en el mundo»⁶. Somos conscientes de que el don se convierte en compromiso y en tarea de purificación.

Basados en el pensamiento y escritos de santa Catalina, haremos algunas reflexiones para nuestra vida sacerdotal, en torno al tema del amor a Cristo, y reportaremos algunos pasajes y cartas dedicados por ella específicamente a los sacerdotes.

1. Entrar en el Costado de Cristo

La teología de Catalina es «una teología oral, extremadamente encarnada, concreta, que no usa tanto conceptos e ideas, sino símbolos e imágenes»⁷. Capta principalmente su atención el misterio de nuestra redención en su pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.

⁵ Cf. F.M. LÉTHEL, *L'amore di Cristo, centro della vita sacerdotale, secondo santa Caterina di Siena*, Cantagalli, Siena 1995, 1.

⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía*, 11 de junio de 2010, en la clausura del Año Sacerdotal.

⁷ F.M. LÉTHEL, *L'amore di Cristo...*, 2.

El costado de Cristo es especialmente significativo en la dinámica de vida espiritual que propone, invitándonos a entrar y escondernos, descansar y aprender ahí, en el costado de Cristo. Su herida fue abierta por la lanza del centurión, pero sobre todo por el amor tan grande e incontenible que guardaba dentro. Cuando Catalina le pregunta al Señor dónde está el lugar donde podemos encontrar reposo, Él responde:

El lugar donde os cobijéis sea Cristo crucificado, mi Hijo unigénito, habitando y escondiéndooos en la caverna de mi costado, donde gozaréis, por afecto de amor, en la naturaleza humana de Cristo, mi naturaleza divina. En aquel corazón abierto encontraréis mi caridad y la del prójimo, pues por honor a mí, el Padre eterno, y por la obediencia que le impuse para vuestra salvación, sufrió la afrentosa muerte en la santísima cruz⁸.

En una de sus cartas, aconseja así: «Huye, hijo mío, huye de este viento sutil de tu propio placer; y vete, todo escondido dentro de ti, en el costado de Cristo crucificado, y allí pon tu intelecto a contemplar el secreto del corazón»⁹. Ahí, en el Costado de Cristo, encontramos refugio ante los enemigos, ahí se enciende el afecto, ahí se reposa y se pacifica el alma, ahí se nos da el alimento y se disuelve toda dureza de corazón. Es, sin duda, el lugar donde podemos conocer y experimentar el amor infinito de Dios en el Verbo encarnado:

le has dado en tu costado refugio contra los enemigos. En este refugio puede conocer tu caridad, porque con ella demuestras que le has querido dar más que lo que pudieras con una obra finita¹⁰.

Si esto es verdad para todo cristiano, cuánto más lo es para los sacerdotes, que solo en Cristo podemos encontrar nuestro refugio, «nuestro lugar favorito», nuestra escuela, nuestro hogar. En el Costado de Cristo el sacerdote está más cerca de su Sagrado Corazón, y es transformado por su gracia. Ahí conoce y experimenta su amor de predilección, escucha su Palabra y se alimenta de ella. Aprende ahí, en la escuela del Corazón de Cristo, lo que después debe enseñar y comunicar a sus hermanos. Recibe ahí los tesoros que luego debe compartir, en nombre del Señor. ¡Qué importante buscar en la oración y en la celebración eucarística verdaderamente “entrar” en el Costado de Cristo!

⁸ *Diálogos*, 124 (versión española en *Obras de Santa Catalina de Siena. El Diálogo. Oraciones y Soliloquios*, introducción y traducción de José Salvador y Conde, BAC, Madrid 1996³; esta versión será usada también para las Oraciones).

⁹ *Cartas*, 47 (las traducciones de las *Cartas* son de *Ecclesia*).

¹⁰ *Oraciones*, 12.

2. El Cuerpo de Cristo, puente entre Dios y los hombres

Dios reveló a Catalina a su Hijo como puente entre el cielo y la tierra¹¹. Un puente con tres escalones, que manifiestan diversos estados del alma en camino a la perfección: los pies, el costado, la boca. Los pies significan el afecto; como estos llevan el cuerpo, así el afecto lleva y mueve al alma. Aquí renunciamos a nuestra propia voluntad y alcanzamos la verdadera humildad, subiendo hasta el costado, que manifiesta los secretos del corazón. En el Costado de Cristo encontramos el fuego y el abismo de la caridad divina, el agua que calma nuestra sed:

Su humanidad era un muro que contenía la deidad eterna unida en la humanidad, desbordando el fuego de la caridad divina a través del muro abierto de Cristo crucificado: pues sus dulcísimas heridas derramaron sangre empapada de fuego, porque por el fuego del amor fue derramada. De esta fuente sacamos el agua de la gracia¹².

Ahí encontramos una botella con especies aromáticas, encontramos al Dios y al hombre, se sacia el alma y se embriaga de la Sangre, esparcida con tanto fuego de amor. Por último, después del costado, se llega a la boca, donde se experimenta la paz y la quietud. Es la paz de la obediencia, del que duerme tranquilo y no siente ni prosperidad ni adversidad.

El sacerdote está especialmente llamado a recorrer este camino de ascensión por el Cuerpo de Cristo: pies, costado y boca, que es Camino, Verdad y Vida. Para ser él mismo puente entre Dios y los hombres, debe dejarse asimilar por Cristo, el único y sumo sacerdote de la Nueva Alianza, verdadero Dios y verdadero hombre. La imitación y el seguimiento de Cristo son el camino del sacerdote, «alter Christus», y esta imagen tan sugestiva propuesta por Catalina puede ayudarnos mucho a tener la mirada bien fija en Él.

3. La Sangre de Cristo

La Sangre de Cristo fue también continuo objeto de contemplación para Catalina. Puede impresionar la fuerza de sus expresiones, especialmente en las cartas, en las que invita a sus destinatarios a sumergirse, a ahogarse, bañarse en la Sangre de Cristo; vestirse de ella, embriagarse de ella; dolerse, alegrarse, fortalecerse en ella. Es la Sangre que nos ha mostrado su amor y nos ha salvado. Reportamos aquí algunas de ellas como ejemplo.

¹¹ Cf. *Diálogos*, 26; *Cartas*, 74, 75.

¹² *Cartas*, 318.

Condición y efecto de este «ahogarse en la Sangre de Cristo» es asumir su voluntad. La expresión está íntimamente ligada en sus cartas a la negación de uno mismo. «Deseaba verte bañado y ahogado en la sangre de Cristo crucificado, porque en la sangre se pierde el amor a la propia vida» (*Carta 55*). «Y esta es la razón por la que el alma ahogada en sangre nunca tiene dolor, y no sigue su propio camino, ni quiere mandarse a sí misma o a los demás según sus propios pareceres» (*Carta 124*). «Ahogaos un poco en la sangre de Cristo crucificado, para que se disuelva la nube del amor propio, y el temor servil, y el veneno del odio y de la propia indignación» (*Carta 317*).

Los frutos de este contacto con la Sangre de Cristo son varios. Ante todo, la unión más íntima y perfecta con Él: «Os ruego, en nombre de Cristo crucificado, que os calentéis y os bañéis en la sangre de Cristo crucificado, y, para que seáis uno con Él» (*Carta 75*). Otro efecto es el deseo de corresponder con la propia entrega: «Anhelando verte bañada y ahogada en la sangre de Cristo crucificado, para que por la sangre tú des la sangre, y la vida por amor de la vida» (*Carta 300*). Y junto con esto, la perfecta paz: «Bien se sigue, entonces, que quien ha ahogado su sangre en la sangre, esté en perfecta paz» (*Carta 359*).

Qué profunda meditación para el sacerdote, que cada día en la santa misa presencia tan de cerca y toca con sus mismas manos el misterio del pan y el vino transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, presente real y sustancialmente en el sacramento de la Eucaristía.

Qué profunda necesidad para el sacerdote aprender del sacrificio supremo de la cruz a renunciar a su propia voluntad para adherirse completa e incondicionalmente a la voluntad de Dios. Qué consuelo y qué responsabilidad al mismo tiempo, para el sacerdote, recordar y revivir que el Hijo de Dios derramó su Preciosísima Sangre para remisión de los pecados. Esta Sangre es un continuo recordatorio del amor de Dios y de la misión que el Señor encomienda a sus sacerdotes: colaborar para que todos los hombres se dejen atraer a su Corazón, y para que los frutos de la redención lleguen a su realización y plenitud para todos los hombres. Como lo dijo el P. Léthel, en su predicación al Santo Padre:

Más elocuente que la de Abel, la Sangre derramada por Jesús en su Pasión redentora habla al mismo tiempo de la infinita misericordia de Dios y de todo el doloroso peso del pecado del hombre. Mejor que cualquier concepto, este símbolo corporal expresa tanto la abundancia del pecado como la superabundancia del Amor (cf. *Rm 5,20*). En la Sangre se revela el admirable y terrible intercambio de la Redención que completa el de la Encarnación¹³.

¹³ F.M. LÉTHEL, *La luce di Cristo...*, 184.

4. Llamados al amor más grande

Sin hacer un tratado desarrollado sistemáticamente, los escritos de santa Catalina de Siena contienen un tesoro para el sacerdote, llamado a encarnar «el amor más grande» del que nos habla el Evangelio: «dar la vida por los amigos» (cf. *Jn* 15,13). En sus expresiones, en sus imágenes, en sus consejos, encontramos siempre reflejada la esencia del cristianismo y del Evangelio: la caridad como un único amor, a Dios y al prójimo.

En el corazón del sacerdote deben vibrar todas las cuerdas del amor: esponsal, filial, paterno y fraterno, según la imagen desarrollada por el P. Léthel. Como hombres, hemos sido creados para amar y ser amados. Como sacerdotes, hemos sido invitados a vivir un amor puro, desinteresado, universal y pleno. Las tendencias que el pecado ha dejado en nuestra naturaleza a veces ocasionan que estas cuerdas se atrofien o que una suene más que las otras. La acción de Dios en cada alma va buscando que se desarrolle y crezca esta capacidad de amar, con sus diversos acentos y tonos. Dice el P. Léthel:

El celibato sacerdotal no es, pues, represión, ni mutilación del corazón, ni miedo a amar, sino que, por el contrario, es un camino de caridad para amar al Señor y al prójimo con todo el corazón. El sacerdote está llamado a amar así, con todo su corazón de esposo, de padre, de hijo y de hermano, sin rechazar ni reprimir ninguna de estas “cuerdas”. Y es precisamente esto lo que Catalina enseña a los sacerdotes, como madre, como educadora de sus corazones...¹⁴

Qué mensaje tan profundo y tan importante para los sacerdotes y futuros sacerdotes. De la relación personal, íntima y esponsal con el Señor brota todo en la vida y ministerio del presbítero. Solo cuando se le experimenta y se le corresponde realmente como «el Amado», especialmente en la oración y el diálogo ininterrumpido, puede haber santidad y fecundidad sacerdotal. La vivencia de este amor exclusivo y la entrega de un corazón indiviso son la base para que Dios pueda hacer su obra en nosotros.

Igualmente importante es la dimensión filial. Ante todo, de sabernos hijos amados de Dios. Qué importante es que escuchemos también nosotros la voz del Padre: «Este es mi hijo amado» (cf. *1,11), que nos sepamos en las manos de un Padre que sabe lo que necesitamos (cf. *6,32), y que conoce nuestra frágil condición. Solo el sacerdote que ha experimentado este amor misericordioso de Dios (por ejemplo, acercándose con frecuencia y con un corazón humilde al sacramento de la reconciliación) podrá ser también ministro de la misericordia y verdadero padre para las almas. En el pla-**

¹⁴ F.M. LÉTHEL, *L'amore di Cristo...*, 8.

no humano, ayudará mucho al sacerdote experimentar también la presencia y cercanía de un padre espiritual, ya en el obispo o superior mayor, ya en el propio guía espiritual.

Lo que nuestros hermanos esperan de nosotros como sacerdotes es precisamente ver reflejos del amor de Dios. Nos llaman «padres» porque quieren ver y experimentar en nosotros, aunque sea un tenue destello de esta luz del Padre eterno. Por eso es tan importante esta cuerda del amor paternal, de donde brota el más profundo y vivo celo por la salvación de las almas que Dios pone en nuestro camino. Esta relación de paternidad se vivirá especialmente en el servicio de la dirección espiritual y en la atención personal a aquellos que Dios encomienda a nuestro cuidado.

Finalmente, tenemos la cuerda del amor fraternal. Cuánto ayuda a la fidelidad y perseverancia de los sacerdotes la auténtica comunión y fraternidad con sus hermanos en esta vocación. Las relaciones de auténtica amistad, el apoyo mutuo a través de la oración, la compañía, el consejo... son medios esenciales para el desarrollo del corazón sacerdotal, que tantas veces corre el riesgo de sentirse solo.

5. Hija, hermana y madre de los sacerdotes

A primera vista puede sorprender que se considere a una santa, mujer tan joven, no solo hija y hermana, sino también «madre de los sacerdotes». Humanamente, alguno podría considerar incluso un atrevimiento su modo de dirigirse a los sacerdotes, obispos, y al mismo papa. Basta leer, por ejemplo, las palabras que dirige al papa Gregorio XI con gran claridad, cariño y dramatismo:

¡Ay, padre mío...! Lo mire por donde lo mire, veo que todos os llevan las llaves del libre albedrío con su perversa voluntad: laicos, religiosos y clérigos, corriendo altivamente a los deleites y estados y riquezas del mundo, con mucha suciedad y miseria. Pero por encima de todas las demás cosas que veo muy abominables a Dios, están las flores plantadas en el cuerpo místico de la santa Iglesia, que deben ser flores fragantes –su vida un espejo de la virtud, catadores y amantes del honor de Dios y de la salud de las almas–, pero que arrojan el hedor de toda la miseria, amantes de sí mismos, juntando sus faltas con las de otros, y de modo singular la persecución que se hace a la dulce Esposa de Cristo y a vuestra Santidad¹⁵.

Pero bien afirma el P. Léthel: «Sus cartas a los discípulos sacerdotes la revelan como una maravillosa formadora y educadora de sus corazones en el

¹⁵ *Cartas*, 270.

amor a Jesús. Así, santa Catalina es un brillante ejemplo de *mujer formadora del clero*. Es un tema delicado, pero muy bello y de gran actualidad»¹⁶.

Su amor a Cristo y a la Iglesia de Cristo, le llevan a un profundo y sincero amor a sus sacerdotes. Amor que es, ante todo, deseo de que sean santos. Escucha así al Señor en uno de sus diálogos:

Ellos son mis ungidos y les llamo mis «cristos», pues les he concedido que me administren para vuestro bien y, como a flores fragantes, lo he colocado en el cuerpo místico de la santa Iglesia. Esta dignidad no la he concedido a los ángeles, sino al hombre. A ellos los he elegido por ministros míos, y a los que he colocado como ángeles deben serlo en la tierra durante esta vida. Deben, por tanto, ser como los ángeles¹⁷.

O, como afirma el P. Léthel, citando el *Diálogo* 120: «Para Catalina, los sacerdotes santos son una de las realidades más bellas de la Iglesia. Como Ministros del Sol eucarístico, se han convertido también en soles»¹⁸.

Catalina anhela verse unida en el fuego de la caridad con los sacerdotes. Les escribe: «deseo verle verdadero sacerdote, y miembro atado en el cuerpo de la Iglesia santa»¹⁹.

En sus cartas, comparte el amor materno de María que nos dice, como en Caná: «Haced lo que Él os diga» (cf. *Jn* 2,5). El papa Benedicto XVI habló de esta maternidad espiritual en su Audiencia general del 24 de noviembre de 2010, poniendo precisamente como ejemplo a santa Catalina. Es conmovedor ver cómo se dirige a algunos de sus hijos sacerdotes: «Carísimo padre, y hermano, e hijo en Cristo Jesús»²⁰, por ejemplo. A su mismo padre espiritual, el beato Raimundo de Capua, lo llama «padre e hijo en Cristo Jesús»²¹. Al mismo tiempo, Catalina conoce bien y evita la tentación del maternalismo, o de un espíritu excesivamente posesivo.

Para Catalina, la dignidad inmensa del sacerdocio radica sobre todo en su íntima relación con el misterio de eucarístico. Privilegio inconmensurable, del que ni siquiera los ángeles gozan, y exigencia de una mayor santidad, al estar en contacto directo e inmediato con el «Sol Eucarístico». En una de sus cartas describe así la excelencia del sacerdocio:

¹⁶ F.M. LÉTHEL, *L'amore di Cristo...*, 7.

¹⁷ *Diálogos*, 113.

¹⁸ F.M. LÉTHEL, *Eucaristia e Sacerdozio in santa Caterina da Siena*, Conferenza, 20 aprile 2005.

¹⁹ *Cartas*, 110.

²⁰ *Cartas*, 225.

²¹ *Cartas*, 226.

¡Oh, cuánto se retomará esta ceguera en el último extremo, y con cuánto reproche, en toda criatura que tenga razón en sí misma, y mucho más en aquellos que Dios ha sacado del loto del mundo y colocado en la mayor excelencia que pueden ser: ser hechos ministros de la sangre del humilde e inmaculado Cordero! ¡Ay, ay, a qué has llegado por no haber seguido en la virtud tu excelencia! Fuisteis colocados para daros a conocer en el seno de la santa Iglesia, como flores colocadas en este jardín, para que arrojarais el olor de la virtud; fuisteis colocados como columnas para fortificar esta nave, y al Vicario de Cristo en la tierra; fuisteis colocados como lámpara en el candelabro, para dar luz a los fieles cristianos, y expandir la fe²².

Esta santidad debe reflejarse, sobre todo, en la caridad y pureza de la vida de los sacerdotes. Pero, aunque no fuera así, el ministro indigno merece respeto y reverencia, y necesita de oraciones. Dice el Señor a Catalina: «Sabéis muy bien que si una persona impura o mal vestida te trajera un gran tesoro por el que consiguiéses la vida, por amor del tesoro y del señor que te lo envió, no odiarías al portador, aunque fuera harapiento e impuro»²³.

Es altísimo el ideal sacerdotal, y Catalina no se permite rebajarlo. Al mismo tiempo, es muy consciente de la realidad que vive la Iglesia en esos años y, en cierta medida, siempre. Dios ha puesto sus tesoros en vasijas de barro (cf. *2Co* 4,7). La reforma de la Iglesia es urgente, sobre todo en su Cuerpo Místico, que para ella son los sacerdotes y obispos (todo el conjunto de los fieles forman el *Corpus Universalis*). Catalina sufre al ver a la «dulce Esposa de Cristo» que está leprosa a causa del pecado de sus hijos, especialmente de los sacerdotes, que le ofenden con su soberbia, su avaricia y su impureza.

Catalina habla con gran realismo, casi con crudeza, y con palabras fuertes, pero movida por ese profundo amor. En los Diálogos, toda una sección (110-134) está dedicada a este tema. Dice el Señor, por citar solo un ejemplo:

Han abandonado el cuidado de las almas por esta soberbia y avaricia, que ha nacido del amor propio sensitivo. Se dan solo a mirar y tener cuidado de las cosas temporales y abandonan a mis ovejas, a los que he puesto en sus manos, como ovejas sin pastor²⁴.

O con palabras aún más fuertes y severas, advierte el Señor a Catalina:

¡Ay, ay de su vida miserable! Porque lo que el dulce Verbo de mi Hijo unigénito adquirió con tantos trabajos en el madero de la santísima cruz, ellos lo

²² *Cartas*, 310.

²³ *Diálogos*, CXX, 114v.

²⁴ *Diálogos*, 121.

gastan con públicas meretrices. Son devoradores de las almas redimidas por la sangre de Cristo, haciéndolo miserablemente de muchas maneras. Con lo que pertenece a los pobres alimentan a sus propios hijos. ¡Oh templos del diablo! Os he puesto para que seáis ángeles en la tierra durante la vida, y sois demonios y habéis tomado el oficio de los demonios²⁵.

Las reflexiones y las palabras de Catalina en torno al pecado de los sacerdotes tienen un objetivo eminentemente positivo, descrito así por el P. Léthel: «carácter esencialmente profético: es una invitación a la conversión, a la oración. La intención nunca es juzgar, criticar, escandalizar, sino remediar algo tan doloroso para la Iglesia. Como en los profetas, los reproches más fuertes van acompañados de la promesa de salvación»²⁶.

Catalina no contempla esta situación “desde fuera”, como quien es ajeno. En sus oraciones se descubre la hermosísima actitud de su ofrecimiento y de reparación de su corazón. Ella sabe cuál es su papel, su misión, y busca realizarla sin reservas. Como ejemplo citamos a continuación este pasaje:

Señor mío: castiga mis pecados. Purifícame, Bondad eterna, inefable Deidad. Escucha a tu sierva; no mires la multitud de mis maldades. Te ruego que dirijas por el camino de la santísima cruz, a tu modo y no al suyo, el corazón y la voluntad de los ministros de la santa Iglesia, tu esposa. Que te sigan, Cordero degollado, pobre, humilde y manso; que sean criaturas angelicales, ángeles terrestres en esta vida, puesto que han de administrar el cuerpo y la sangre de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado; que no sean como los animales, porque éstos no gozan de la razón y no son dignos de mí. Reúnelos y báñalos, piedad divina, en el mar tranquilo de tu bondad, de modo que, por lo inútil que esperan, no estén perdiendo más tiempo lo que tienen²⁷.

Su realismo ante la situación de la Iglesia y de los sacerdotes está al mismo tiempo “invadido” por la esperanza en las promesas divinas y en el amor misericordioso de Dios, que de los males e incluso de nuestros pecados, puede obtener bienes mayores. Y esto tiene también mucho que enseñarnos hoy en día.

Más te digo: que cuanto más abunden ahora las tribulaciones en el cuerpo místico de la santa Iglesia, tanto más abundará en ella la dulzura y el consuelo. La dulzura consistirá en esto: en la reforma de los santos y buenos pastores, que son flores de gloria, es decir, que dan gloria y alaban mi nombre ofreciéndome los perfumes de la virtud fundada en la verdad. Esta

²⁵ *Diálogos*, 121.

²⁶ F.M. LÉTHEL, *L'amore di Cristo...*, 15.

²⁷ *Oraciones*, 2.

nombre ofreciéndome los perfumes de la virtud fundada en la verdad. Esta es la reforma de las perfumadas flores de mis ministros y pastores. No es que haya necesidad de reformar los frutos de esta Esposa, ya que nunca disminuyen ni se echan a perder por los defectos de los ministros. Por eso, dentro de la amargura, alegraos tú, el Padre de tu alma y los demás servidores míos, pues yo, Verdad eterna, he prometido daros alivio; después de la amargura y de muchos sufrimientos, os daré consuelo en la reforma de la Iglesia²⁸.

Conclusión

Hoy, en la Iglesia y en la sociedad, las mujeres viven un momento especial, con sus oportunidades, desafíos y riesgos. Hay mujeres encabezando gobiernos, empresas, etc., y también en la Iglesia se da más espacio al papel evangelizador de la mujer²⁹, y no solo en el ámbito familiar. Con estos cambios, crece también la conciencia de la importancia de la «maternidad espiritual», del sostén que, con su oración, su testimonio, su palabra, su apoyo, las mujeres (no solo religiosas y consagradas, aunque sobre todo ellas) pueden ser para los sacerdotes.

La Congregación para el Clero lanzó la iniciativa, especialmente con motivo del “año sacerdotal”, y en muchas diócesis del mundo se impulsa con entusiasmo esta forma de apostolado. Hacen falta hoy mujeres al estilo de santa Catalina de Siena que, con la valentía de la fe y el amor, ayuden a la Iglesia y a sus ministros a buscar la santidad. Esta “campaña” está muy ligada a la adoración eucarística; el papa Benedicto pedía que «en cada rincón de la tierra siempre se eleve a Dios, incesantemente, una oración de adoración, agradecimiento, alabanza, plegaria y reparación, con el objetivo principal de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal».

A lo largo de estas páginas hemos podido verificar la profundidad de los escritos y la actualidad del mensaje de esta santa y doctora de la Iglesia para los sacerdotes del tercer milenio.

Cuánto bien nos hace a los sacerdotes recordar la dignidad recibida, no por méritos propios sino por puro don de Dios a través de la sagrada ordenación. Dignidad que es llamado al servicio y compromiso de santidad. Qué importante es que recordemos nuestra vocación a la santidad y el testimonio que nuestros hermanos esperan encontrar en nuestra vida. Catalina nos re-

²⁸ *Diálogos*, 12.

²⁹ Hay quienes llevan esto a la confusión y no aceptan la voluntad de Cristo, que quiso que sus sacerdotes fueran siempre y solo varones.

cuerda todas estas realidades y nos señala el camino: Cristo. No hay atajos, no hay vías alternativas.